

La calle
Diario de un espectador
Leonardo por Ferrer
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 31 de octubre de 2007

Mentiría quien se dijera asombrado por la diversidad de intereses de Eulalio Ferrer, el principal hombre de la comunicación publicitaria en la segunda mitad del siglo XX. Como sus antepasados conquistadores, que “vinieron de España por la mar salobre a nuestro mexicano domicilio”, pero no falto de salud aunque sí pobre, pero sobre todo sin el ánimo depredador de los soldados de Cortés y sus sucesores, Ferrer superó el difícil trance del exilio después de una derrota militar, política y humana a manos del franquismo, y construyó su vida entre nosotros.

Además de haber triunfado en el intrincado mundo de la publicidad, e inaugurado la comunicología como disciplina que comprendía la tarea a que se entregó y que era practicada a bases de intuiciones y plagios por la mayor parte de sus competidores, Ferrer se entregó a sus intereses personales, que lo llevaron a no sólo establecer una Fundación cervantina, resumen de su interés por el Quijote y la multitud de maneras de representarlo, sino a escribir una variedad de obras que a la erudición añadieron siempre la prosa propia de un espíritu fino y refinado, es decir que lo era y acentuó esa condición.

Acaba de publicar un nuevo libro, que lo revela diestro en el arte de la biografía y de la crítica y la historia del arte. Su título es elocuente de suyo: Da Vinci y la Mona lisa. Demos, para empezar, una muestra de su aptitud para la semblanza, en estas líneas referidas al Leonardo niño:

“Este genio múltiple dio singularidad a su nombre —Leonardo— y universalizó su pueblo natal —Vinci—. Su ficha de nacimiento no nos dice mucho, salvo que fue hijo natural de un notario, Ser Piero da Vinci, y de una campesina de nombre Catalina. La cuenta de su vida empezó a correr el 15 de abril de 1452 a las once de la noche. Poco después del nacimiento de Leonardo, Ser Piero celebró sus bodas con otra mujer y tomó a cargo la custodia del niño. Mientras tanto, su madre Catalina contraía matrimonio con un campesino de la región y se mudaba con él a una población vecina.

“A pesar de este temprano interés por su hijo, en la práctica Ser Piero tuvo muy poco que ver con la educación de Leonardo, quien en realidad fue criado por uno de sus tíos. Sin duda, desde la primera infancia Leonardo se sintió desatendido por sus padres. La esposa de Ser Piero, su ahora madre, se vio muy pronto distraída por el cuidado de sus hijos legítimos, y el propio Ser Piero pasaba la mayor parte del tiempo en Florencia, lejos de Leonardo. A este respecto, Charles Nicholl ha sugerido que la prominencia de la figura de san Juan Bautista en las obras de Leonardo se relaciona con un doloroso rasgo de la vida del genio: su identificación con la figura del niño excluido. En el mismo tono psicológico se ha aventurado la hipótesis de que la relación de Leonardo con un padre poco fiable e inconstante—y quien, al morir, excluyó al artista de su testamento—está detrás del hecho de que en sus obras san José se halla siempre ausente.

“En tanto hijo ilegítimo, Leonardo nunca tuvo la oportunidad de asistir a una universidad, mucho menos la de convertirse en un notario como su padre. Así, desde sus primeros años abrigó, en palabras del mismo Nicholl, ‘la idea de sí mismo como un forastero’ ilegítimo y (más adelante se descubriría) sexualmente ilícito. Sin embargo, para suerte suya (y de la historia del arte y la cultura) esa misma condición de extrañeza frente al mundo y a la sociedad, esta ausencia de modelo autorizado al cual imitar, fue lo que permitió a Leonardo desarrollarse libremente y convertirse en el hombre universal que fue. Lo que habría de ser no fue una herencia ni una imposición, sino una conquista de su propia gracia y de su propio talento, de su voluntad y de su fuerza”.